

VIDA ASCENDENTE ANTE EL VACÍO ACTUAL DE VALORES CRISTIANOS Y HUMANOS.

Edad de sabiduría en tiempos del relativismo

Compartir esta reflexión con ustedes, que animan la asociación de *vida ascendente* en España, es para mí un honor y una oportunidad que deseo agradecer de todo corazón. Mi presencia entre ustedes, como presidenta del Foro de Laicos, simboliza la riqueza de la pluralidad de asociaciones y movimientos en los que muchos laicos nos agrupamos, para vivir la experiencia comunitaria de nuestra fe, y alimentar la entrega diaria a la misión de evangelización que a todos nos ha sido confiada por el Señor.

El nombre de su asociación, me evoca la contemplación de la vida como un proceso, como el proceso de llegar a ser plenamente humanos y a la vez plenamente de Dios. Caminar para ser plenamente humanos, es el oficio de la vida, y en nuestro caso, esa plenitud es referencia a Jesús de Nazaret. Por eso, nuestro oficio de vivir es inseparable del caminar abiertos a la acción del Espíritu, a acoger y a dejar huella del misterio de Dios en nuestra historia. Entiendo que el trabajo estos días, -para mí también lo es este acto-, es para todos ustedes un ejercicio de apertura a la acción del Espíritu, que se muestra y se regala en el encuentro fraterno, en la escucha compartida, en la oración comunitaria, en la celebración de la Eucaristía.

Edad de sabiduría es una expresión con la que quiero traer a la consideración de todos, que en este proceso de vida ascendente, la etapa en la que ustedes están y yo voy entrando, tiene una dimensión de especial calidad, que viene dada por lo que a menudo llamamos “sabiduría de la vida”, fruto maduro fecundado al sol de muchos días, regado por muchas aguas y algunas nieves.

No seré yo quien me atreva a dar consejos de vida para perfeccionar la maestría del oficio de vivir, logrado por ustedes en la edad que aquí he llamado *de sabiduría*, pero sí me parecía interesante, aprovechar la oportunidad que me brindan, para compartir algunas reflexiones que nos animen en nuestra misión de evangelización. Misión que permanece a lo largo de la vida, y que adopta modalidades y expresiones diferentes según las etapas de la misma, según las circunstancias que debemos afrontar en ella. Entre ustedes habrá quienes se sientan con buena salud y con ganas de hacer cosas, habrá otros que la prueba de la enfermedad les ha visitado y necesitan recibir cuidados y atenciones para seguir adelante, y seguramente todos, yo también, tendremos la experiencia del sufrimiento en personas cercanas y queridas .

La misión evangelizadora, el envío de Jesús a todos los pueblos y a todas las gentes, permanece en cualquier caso. El próximo sábado, día 12, se celebrará en Linares, la beatificación de un hombre, Manuel Lozano, “Lolo”, escritor y militante activo de la acción católica, que vivió una buena parte de su vida en una silla de ruedas, y desde ella irradió fe, esperanza y amor, hasta el punto que la Iglesia haciéndose eco del clamor de muchas gentes, le declarará bienaventurado.

Esta tarde, yo quiero compartir con ustedes algunas reflexiones con el deseo de contribuir al discernimiento de modos concretos con los que como cristianos laicos asociados, podamos hacer presente la buena nueva del Evangelio, en esta sociedad nuestra que vive inmersa en un fuerte relativismo, como a menudo nos recuerda Benedicto XVI. Me gustaría hacerles una invitación a sembrar esperanza en ella.

Tiempos de relativismo

Digamos en primer lugar unas palabras que nos sitúen ante lo que entendemos por esta expresión. Venir a este lugar de El Escorial, tan rico en evocaciones históricas, me ha trasladado a esa etapa de la historia de España en que se construyó, y me ha traído al recuerdo aquella obra de Lope, *La moza de cántaro*, que ahora se representa en Madrid, y en la cual se muestra cómo los comportamientos y los valores, que configuraban aquella sociedad, resultaban regidos por criterios bien conocidos por las gentes de aquel tiempo; todos sabían a qué atenerse, cada uno sabía bien el papel que le tocaba representar en el teatro de la vida. Y cuando alguien rompía las reglas de juego, como la protagonista en este caso al vengar a su padre, el transcurso de la acción se encargaba de restablecer el equilibrio de las costumbres y los usos. La acción de vengar la agresión al padre indefenso, estaba reservada a los varones y le hubiera correspondido a su único hijo varón, quien por encontrarse en el lejano Flandes no estaba en condiciones de realizar la venganza esperable según las reglas del honor. El final feliz de la comedia, requería el regreso a la armonía, aunque en este caso, Lope se hubiera atrevido a presentar como heroína a una mujer que se había atrevido a transgredir el orden establecido por una causa, que ese mismo orden consideraba justa.

Nuestro tiempo está muy distante de aquel. No entramos aquí a valorar moralmente aquellas costumbres y aquellas reglas, sólo queremos mostrar el contraste entre una sociedad con reglas y autoridades claras para todos, y sociedades como las nuestras. En particular, vivimos unos años en los que las costumbres y las tradiciones están dejando paso a usos nuevos, algunos, incluso, impuestos por ley: pensemos en la ley de matrimonios homosexuales, en la reciente ley del aborto, etc. Y en cualquier caso, usos nuevos que coexisten con los tradicionales y con otros que nos vienen de culturas de otros pueblos a través de los colectivos de inmigrantes, que han llegado a España, en busca de unas condiciones de vida mejores para ellos y para sus hijos.

Dicho de otra manera vivimos en una cultura plural. Una pluralidad que mirada positivamente, es expresión de riqueza y que a la vez remite a la unidad básica humana. Unidad que hoy en nuestra sociedad globalizada sentimos más directamente, y que a los cristianos nos permite reconocernos hijos de un Padre común, más allá de la procedencia del país, de raza o de religión. Pero a menudo, observamos que se apela al respeto a la pluralidad cultural para justificar acciones morales que resultan de difícil justificación, se confunden los planos, y se puede llegar a justificar hechos y situaciones que a muchos pueden parecernos hasta aberrantes.

El relativismo moral proviene también de mirar la pluralidad como una expresión de que la libertad humana es lo único que cuenta, que no hay nada más a lo

que pueda apelarse como instancia y referente compartido por todos, no hay una instancia de verdad reconocida por todos. Ha decaído, en definitiva, la esperanza de poder recibir de la razón humana respuestas definitivas a las preguntas más radicales que afectan al sentido mismo de la vida humana.

Juan Pablo II, escribió:

“Recientemente han adquirido cierto relieve diversas doctrinas que tienden a infravalorar incluso las verdades que el hombre estaba seguro de haber alcanzado. La legítima pluralidad de posiciones ha dado paso a un pluralismo indiferenciado, basado en el convencimiento de que todas las posiciones son igualmente válidas. Este es uno de los síntomas más difundidos de la desconfianza en la verdad que es posible encontrar en el contexto actual”. (*Fides et Ratio* n° 5).

Este pluralismo indiferenciado que considera igualmente válidas todas las posiciones, y que por lo tanto aboca a una sociedad que se rige únicamente por intereses de poder, de dinero y de placer, necesita no sólo ser denunciado con palabras, sino con ofertas alternativas de modos de vivir. Modos de vivir que pongan de relieve cómo el oficio de vivir, que forja a hombres y a mujeres a quienes consideramos justos, a quienes podemos admirar por lo que son y no por lo que tienen, es un oficio que se rige por principios y criterios que no se agotan en el puro ejercicio de la libertad individual. Un oficio, este del vivir, que reconoce en el otro a alguien ante quien se siente responsable, que se acerca al propio cuerpo con reverencia y a la naturaleza con respeto, que se sabe inmerso en un misterio de gratuidad y de amor, que es Dios mismo.

Nosotros como cristianos podemos ofrecer a nuestra sociedad el ejemplo de este modo de vivir. Ustedes, como laicos de vida ascendente, pueden contestar con palabras del libro de Job, a quienes les pregunten: ¿de dónde sacan la sabiduría? ¿Dónde está él yacimiento de su prudencia? La respuesta que ofrece el libro sagrado, y la que ustedes avalan con la fuerza de su vida, está expresada con estas palabras: “Respetar al Señor es sabiduría, apartarse del mal es prudencia” (cfr. Job, 28,12.). Un modo de vivir que desprende una *luz alegre*, como se dice en los Proverbios, que es la luz que acompaña a los honrados (*Proverbios*, 13, 9).

En nuestra sociedad, observamos con mucha frecuencia, que la opinión de cada cual es lo que cuenta, una opinión construida con un lenguaje adecuado a los intereses de quien habla, sin reparar en la naturaleza de las cosas de las que habla. Se emplea la expresión, por ejemplo, de “interrupción voluntaria del embarazo”, para centrar la atención en la libertad de la mujer gestante, y desviar a su vez, la atención del acto de eliminar al embrión o al feto, al que hace referencia la palabra “aborto”. Otro ejemplo al uso lo encontramos en el modo de utilizar el término “profesión”. Observamos a menudo, cómo se ha vaciado de contenido ético el concepto de profesión cuando hablamos de ladrones que son muy buenos profesionales. Es como si el lenguaje fuera por su camino y el fondo de las cosas por el suyo. Como si en este oficio de vivir que todos ejercemos, la responsabilidad de ir cincelandos una vida buena, una vida justa, no

fuera cosa de los que vivimos este tiempo, y perteneciera a tiempos pasados. Por eso, a veces, nos encontramos ante la pregunta: ¿qué podemos esperar?

El siglo XX nos ha dejado inmersos en una cultura en la que la ciencia y la técnica son omnipresentes. Lo vemos en nuestros usos cotidianos: el funcionamiento de nuestras casas, el cuidado de nuestra salud, los modos de desplazarlos los modos de comunicarnos, etc. Esta realidad en la que estamos inmersos se ha configurado por obra del esfuerzo y de la creatividad humana, y al hacerlo, ha ido generando unos modos nuevos de comprendernos los seres humanos a nosotros mismos, y de comprender la sociedad en su conjunto. A la pregunta ¿qué podemos esperar?, muchos de nuestros contemporáneos contestarían, sin otorgarse la posibilidad de dudar: “lo que la ciencia y la técnica puedan ofrecernos”, “lo que cada uno con su esfuerzo pueda lograr y disfrutar de ello”. Pero estas respuestas nos resultan demasiado pobres, y ustedes en el atardecer de la vida, las recibirán quizás con una sonrisa de ironía.

Algunos contemporáneos nuestros añadirían a las respuestas anteriores, que cabe esperar la reciprocidad a la ayuda o al cariño ofrecido, o el reconocimiento por el trabajo bien hecho; lo cual no es poco, pero algunos de ustedes saben también, que eso no siempre es seguro.

Son respuestas en las que no aparece un atisbo de trascendencia, en las que no asoma por ningún lado la gratuidad. Son respuestas que no penetran lo más hondo de nosotros mismos, que no hablan del perdón, ni de fidelidad, ni de amor desinteresado. Son respuestas que cuando mucho apelan a la reciprocidad, y cuando menos hacen referencia únicamente a cosas exteriores. Y como muy bien dijo Ortega y Gasset al final de su *Meditación de la Técnica*: el hombre sabio sabe que la vida humana no es sólo cuestión de una técnica que luche contra la materia, contra los elementos exteriores, sino que es, también, lucha del hombre con su alma. Y la esperanza que buscamos tiene sobre todo que ver con esta dimensión de lo humano, de las búsquedas de la propia alma.

Benedicto XVI, en su encíclica *Spes Salvi*, (cfr.nº 22) reconoce la dificultad de responder en el mundo contemporáneo a esta pregunta de: ¿qué podemos esperar?, y nos dice que en este diálogo de los cristianos con las aspiraciones de muchos de nuestros contemporáneos, tenemos que aprender de nuevo en qué consiste realmente nuestra esperanza, qué tenemos que ofrecer al mundo y qué es por el contrario lo que no podemos ofrecerle.

Alguien ha llegado a preguntarse:

“¿Hay sitio para la esperanza en una sociedad como la nuestra, egoísta, aturdida, asustada, anestesiada? ¿Hay sitio para la esperanza en una sociedad sin norte, o lo que es peor en una sociedad sin brújula?” (A. Dagnino. Discurso inaugural de la XCVI Asamblea General de la ACdP en: *Criterios*, diciembre 2008/enero2009, p.V.)

Una pregunta formulada como acicate para que seamos capaces de encontrar modos propositivos de ofrecer la esperanza que nace de la fe a nuestros

contemporáneos. Así pues, me gustaría invitarles a **invitarles a sembrar esperanza**, a llegar a ser pequeñas brújulas convirtiéndose en lo que quiero llamar, y en seguida explicaré por qué, *referentes de proximidad*.

Sembrar esperanza: Una indicación para evangelizar en tiempos de relativismo

Benedicto XVI en su encíclica *Spes Salvi* presenta la esperanza que nace de la fe como la fuerza que cambia la vida de los cristianos de aquellas comunidades primeras en los inicios de la Iglesia. Les lleva a saberse libres, a reconocer que “la sociedad actual no es su ideal; ellos pertenecen a una ciudad nueva, hacia la cual están en camino y que es anticipada en su peregrinación”(nº4). Pues esa fe no tiene sólo que ver con lo que ha de venir, “nos da ya ahora algo de la realidad esperada, y esta realidad presente constituye para nosotros una “prueba” de lo que aún no se ve. El hecho de que este futuro exista cambia el presente y a su vez el presente está marcado por la realidad futura”(nº7).

Esta forma de decir no es fácil de comprender; un ejemplo nos lo aproximará mejor. Hace muchos años leí un comentario de Joaquín Jeremías al *Padre nuestro*, y recuerdo lo que me impactó su manera de interpretar la petición de “danos hoy nuestro pan de cada día”. Lo que yo guardé de aquella lectura fue precisamente algo, en su forma, semejante a lo que expresa Benedicto XVI, pero por su concreción, algo fácilmente comprensible. El pan que recibo hoy es una señal, una “prenda” de la promesa de que mañana lo recibiré también. Así al agradecer lo que recibo hoy, estoy viviendo la esperanza del pan que recibiré mañana, y eso mismo me lleva a vivir confiada. Confieso que esta sencilla lectura de la petición del pan cotidiano, me ha ayudado a vivir el día a día, durante varios años tuve que asumir una situación muy difícil. Creo que esa es la esperanza de la que nos habla el Papa, la esperanza fiable que nos hace libres y da sentido a nuestras vidas.

Pero Benedicto XVI, en el texto citado al principio, nos recuerda a los cristianos que tenemos que “aprender de nuevo en qué consiste realmente nuestra esperanza, qué tenemos que ofrecer al mundo y qué es por el contrario lo que no podemos ofrecerle”. ¿Dónde y cómo aprehender? Él mismo, en la encíclica que venimos mencionando, señala varios lugares que denomina de “aprendizaje y del ejercicio de la esperanza”. Quiero recoger tres de ellos: la oración, el sufrimiento y la acción humana. En cada uno podemos reconocer señales de esperanza y sentirnos movidos a generarlas, a hacerlas asequibles a otros.

1. La oración

¿Cómo puede un espacio en el que “tratamos de amistad con quien sabemos nos ama”- en expresión de Teresa de Jesús-, ser un lugar privilegiado para el discernimiento de las señales de esperanza en nuestro mundo? ¿Cómo podemos presentar un espacio en el que se cultiva la intimidad, como lugar de visión y encuentro de las realidades más variadas de nuestro mundo global?

Para Teresa de Jesús ese trato de amistad es precisamente el aprendizaje de ensanchar el corazón hasta que los intereses del Amigo le sean familiares, hasta reconocer en los acontecimientos, las huellas y los reflejos de su paso, hasta aquietar el corazón para que su sensibilidad y sus intereses se descentren de sí y se abran a los intereses del Señor. Nada humano resulta ajeno. Las percepciones de las cosas cobran nuevos matices, salen de la oscuridad. Emergen las señales de esperanza, las posibilidades de vida y de bien se presentan con una fuerza suave, capaz de guiar la voluntad y de mover el entendimiento a conocer mejor cómo y de qué manera implicarse en darles forma, hacerla realidad.

La oración es, sí, un lugar privilegiado para acoger e interiorizar la luz y la fuerza del Espíritu, para nombrar las realidades con Palabras sacadas del fondo común de la Palabra que nos ha sido regalada y que genera comunión entre los cristianos. “Somos más fuertes, ... se hace positivamente bien, allí donde se ora” (S. Pedro Poveda, *Jesús maestro de oración*) La oración es lugar de encuentro en esa búsqueda común, es lugar de comunión en la identificación de las señales de esperanza, captadas con matices diferentes de color por cada uno, por cada grupo, por cada colectivo. Es lugar para recibir la fuerza que transforma la vida. ¿O es que no es esta la experiencia de los que estamos aquí?

Por eso, considero que son señales de esperanza la existencia de comunidades contemplativas, y lo son también los testimonios de tantas personas que en el vivir diario acudimos a la Palabra de Dios para interiorizarla y buscar luz para nuestros pasos. Lo son sin duda, los espacios de oración propiciados en vuestra asociación de *vida ascendente*.

Deseo subrayar tantas convocatorias para orar, y para aprender a orar, como actualmente hay. Algunas hechas de manera creativa, como suele propiciar el grupo conocido como NAO (noches de arte y oración). Otras que nos suenan a algo incluso peculiar, como los “grupos de oración para ateos” que se convocan en algunas universidades de la antigua Alemania del Este, expresión de la sed de trascendencia de quienes han vivido inmersos en una cultura donde el nombre de Dios estaba prohibido.

2. **El sufrimiento**

El sufrimiento es sin duda, la experiencia humana más universal y a evitarlo se concitan las mejores energías de todas las sociedades. Su presencia en la vida humana es tan constitutiva que negarlo o darle la espalda es siempre un camino de destrucción y una fuente de mayor dolor.

Dice un teólogo contemporáneo que “el hombre, antes que ese ser que piensa, que privilegiaban los pensadores modernos, y antes que ese ser que habla, que preocupa a los pensadores posmodernos, es un ser que sufre”. (J.B. Metz, citado por Juan Martín Velasco: *Ser cristiano en una cultura posmoderna*. Madrid, PPC 1997, p. 120).

El sufrimiento siempre se vive en primera persona, sea físico o moral, bien porque padecemos personalmente un mal, bien porque el sufrimiento de otros nos afecta y nos conmueve. Decía Benedicto XVI en su mensaje sobre la paz de este año, que:

“La marginación de los pobres del planeta sólo puede encontrar instrumentos válidos de emancipación en la globalización si todo hombre se siente personalmente herido por las injusticias que hay en el mundo y por las violaciones de los derechos humanos vinculadas a ellas”.

Estas palabras nos confrontan con la indolencia y la indiferencia con que nos situamos a veces ante el dolor de los más desfavorecidos. Y también nos alegran porque hemos de reconocer la existencia de una realidad que hoy contemplamos como señal de esperanza: los muchos granos sembrados por las ONGs en países y situaciones donde hay carencias y mucho dolor, los avances que se empiezan a vislumbrar en la línea de regenerar los modos de gobierno de los países que padecen dictaduras y corrupción endémica, y que conocemos como *gobernanza* o implicación de las partes implicadas en los procesos de toma de decisión.

Pero esta tarde quisiera sobre todo, invitarnos a percibir señales de esperanza y a generarlas para otros, en los ámbitos próximos, en las relaciones interpersonales con personas que sufren. Voy a apelar para ello a una experiencia personal.

Durante los últimos diez años he acompañado simultáneamente a mis padres enfermos y a mi única hermana, los tres, con enfermedades incurables. Mis padres murieron hace tres años, mi hermana está actualmente en una residencia de enfermos de Alzheimer y allí la visito a diario. Durante todo este tiempo ha cobrado vida en mí una frase del Cardenal Martini, que quizás en otro momento hubiera pasado desapercibida. En un libro titulado: *¿Qué belleza salvará al mundo?* (Estella, Verbo Divino, 2000), Contesta a esta pregunta el Cardenal, diciendo:

“La belleza que salvará al mundo es el amor que comparte el dolor”

En este tiempo he podido encontrar mucha belleza contemplando el amor con que muchas personas comparten el dolor de sus seres queridos enfermos. Quizás por eso, he encontrado señales de esperanza que me han ido acompañando en este camino, y que tienen que ver con la transformación que he percibido y percibo, tanto en mis enfermos como en otros cercanos, cuando nos aproximamos a ellos personas que les queremos. Personas deterioradas físicamente aparecen con un brillo especial, sus rostros gastados aparecen con nueva luz a través de la mirada de las personas que las queremos y las cuidamos.

Por eso, quisiera proponerles la fuerza de la mirada, su carácter *performativo*, es decir, “su capacidad de hacer cosas”, como fuente de esperanza. Tanto mi padre, como ahora mi hermana, los dos perdieron el habla. La mirada ha tenido en la comunicación con ellos el poder de “hacer cosas”, de comunicar cercanía, de hacerles saber que están vivos y que son profundamente queridos; y esto genera alegría y paz

profunda. La mirada tiene poder, como tuvo poder la mirada y la palabra de Jesús para atraer hacia sí, sanar o para detener el oleaje. Lo expresó bellamente Juan de la Cruz:

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y, yéndolos mirando,
vestidos los dejó de su hermosura.

Yo diría que la fe tiene la fuerza de dotar a nuestros sentidos de un poder sanador, de generar esperanza. Caricias y miradas embellecen y devuelven la vida desde lo más hondo del ser. Unos versos de la poetisa cubana Dulce M^a Loynaz lo dicen mejor:

“Me miraba un instante
Con su mirada capaz de embellecerme”

O unas palabras de una historia narrada por Benjamín González Buelta (Ver o perecer. La mística de los ojos abiertos. Santander, Sal Terrae, 2006):

“Cuando tú me miras, en tus ojos, yo no me veo enfermo”.

Y ejercitándonos en ese modo de mirar, cambiamos nuestro modo de mirar a los demás, cambiamos también el modo de recibir y de acoger las miradas de los otros. El sufrimiento compartido desde la hondura de la fe, es hoy una señal de esperanza porque transforma nuestra mirada sobre el hombre y sobre el mundo y nos devuelve a la visión de allí dónde radica la importancia del ser y del vivir. Lo dice bien un autor francés:

“Si es tan importante para la mirada veraz sobre el hombre el haberse medido con el enfermo, el discapacitado, es porque ahí está la prueba del cambio de mirada fuera del cual el respeto al hombre no es posible”. (Citado por Benjamín González Buelta, o.c.p. 66)

La mirada al Crucifijo, todos lo sabemos por experiencia propia, abre nuestros ojos a una nueva dimensión. Lo dijo bien el poeta:

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.
Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

3. **La acción humana**

La gran pensadora judía Hannah Arendt, en su libro *La Condición Humana*, distingue tres categorías, que están nombradas en la edición española como: *labor*, *trabajo* y *acción*. Las tres conjuntamente constituyen lo que aquí, usando términos de Benedicto XVI he denominado *acción humana*, y cada uno de ellos expresa una dimensión de la misma.

La labor se corresponde con el cuidado de la vida. Son aquellas tareas repetitivas que posibilitan que la vida tenga el sustrato necesario para seguir adelante: alimentar y alimentarse, crianza de los hijos, aseo y limpieza de la casa, etc. Son aquellas tareas que se llevan a cabo con ritmo regular, en las que una persona puede ser sustituida por otra, sin que –aparentemente al menos- padezca la tarea. En una sociedad rural, la labor se puede extrapolar a procesos regulares como era el segar, o al trabajo en cadena en una sociedad industrial.

La segunda dimensión de la condición humana señalado por Hannah Arendt es el **trabajo** o dimensión de la actividad humana en la que producimos artefactos con los que poblamos el mundo, desde relojes a obras de arte, pasando por zapatos, grifos, libros, autopistas y programas de información. Son frutos tanto de la técnica como de la tecnología que transforma la vida del mundo mediante la introducción de la máquina. Es el trabajo en el que invertimos una buena parte de nuestras mejores energías, durante una etapa central de la vida. Ese trabajo, que hoy, es un bien escaso.

La tercera componente es la denominada **acción**, entendiéndolo por ello la generación de espacios de alteridad. La educación, la acción política, el asociacionismo de la sociedad civil, son los ámbitos privilegiados donde llevar a cabo lo propio de esta dimensión de la condición humana. El hecho mismo de mantener viva esta asociación, es un ejercicio de esta dimensión de la actividad humana.

La edad que he llamado “de sabiduría”, a la que corresponde esta asociación, ya ha dejado tras de sí mucho trabajo realizado, y mucha actividad en la vida pública. Sin embargo, quisiera mostrar que en el ámbito que hemos llamado **labor**, que es coextensivo con la propia vida, es posible generar unas relaciones nuevas *de alteridad*, en las que podemos descubrir un terreno óptimo para que fecunde una nueva siembra de esperanza. Comencemos mencionando el alcance evangelizador que algunas de estas tareas comunes de labor, tienen en la vida cotidiana.

El cuidado de la vida hoy lo comprendemos en niveles diversos y de gran calado, que van desde el cuidado de la tierra y del medio ambiente, hasta las tareas domésticas, pasando por el cuidado de las personas frágiles, sean seres aún no nacidos, sean bebés, sean enfermos, sean ancianos. Son ámbitos que nos abren nuevos modos de abrirnos a la esperanza.

Nos resulta más fácil reconocer como señales de esperanza para un futuro mejor, las acciones también cotidianas, de cuidar las basuras para facilitar el reciclado, de comer en el campo sin agredir a la naturaleza del entorno, etc., él es el cuidado ordinario de la vida. Es menos fácil descubrir señales de esperanza en la realización de las tareas rutinarias de mantenimiento de la vida ordinaria. Pero siempre tenemos ante nosotros la

posibilidad de **transformar en elección libre la realización de esas tareas**, y el hacerlas objeto de elección es ya, de suyo, sacarlas del plano que compartimos con los animales y situarlas en un ámbito humano donde se generan: valores, virtudes, afectos, perdón,...y eso en sí mismo ya es sembrar esperanza.

Por experiencia sé, que cuando algunas de estas tareas como es el caso de atención a enfermos, se comparte con otras personas que las realizan profesionalmente, estos profesionales constatan una gran diferencia en los casos en que los familiares han desarrollado un modo de cuidar que han elegido y no sólo aceptado con resignación, y cuando por circunstancias mil, esa elección no se ha dado. En el primer caso se sienten inmersos en un ambiente de esperanza, aunque no sepa nombrarlo; en el segundo, es sólo de sufrimiento costoso y sin sentido.

También al varón, en esta etapa de la vida se le ofrece la oportunidad de **desarrollar unas potencialidades nuevas**, de las que quizás antes ni había tenido la conciencia de que le afectaban. Hay un nuevo lugar para el varón en la vida de la familia, que elegido consciente y vivido con convencimiento y elegancia, contribuye a generar una sociedad de nuevo rostro.

Considero también que es una señal de esperanza, el hecho de que en nuestro tiempo, un porcentaje cada vez más alto de mujeres **puede elegir**, al rellenar la casilla de “profesión” en su carnet de identidad, entre escribir “sus labores” y otro término que corresponda a una profesión realizada fuera del hogar, al menos durante una etapa importante de la vida.

Sembrar esperanza siendo *referentes de proximidad*

Terminaba el primer apartado de esta intervención, invitándoles a sembrar esperanza, convirtiéndose en *referentes de proximidad*. Y prometía allí una aclaración de lo que esto significaba. También he dicho más arriba, que en el ámbito propio de la labor realizada en esta etapa de vida ascendente, en esta etapa de sabiduría, se producían o podían producirse nuevas relaciones de alteridad, se encierran gran potencialidad para abrir a la esperanza.

Se trata de partir de esas expresiones que hemos mencionado como propias del ámbito de la *labor*, y descubrir cómo a partir de ellas, puede irradiarse esperanza a los ámbitos del *trabajo* y de la *acción* de personas de otras generaciones. Y por supuesto cómo puede sembrarse la semilla de la esperanza en los niños. Consideremos para ello dos escenarios.

Para muchos de ustedes, el cuidado de la vida tiene un significado muy amplio. Empieza por el cuidado de la vida propia. El cuerpo se va desgastando y precisa atenciones que requiere tiempo y ayuda de otros. Se genera así un espacio nuevo de reciprocidad, un espacio en el que tienen cabida todos los miembros de la familia, amigos, vecinos y posiblemente otras personas que con generosidad ofrecen también algún tipo de atención o están bien dispuestos para recibirla. En este escenario, caben generaciones diversas: hay niños, jóvenes, adultos, ancianos. La atención que precisa

cada uno es distinta, y es además de distinto orden. Se genera así un entorno en el que se producen relaciones nuevas porque están en juego finalidades nuevas también, marcadas por el proceso de los cuidados requeridos.

El segundo entorno que quiero mencionar es el que se constituye en torno a los abuelos. Vivimos en una sociedad en la que los abuelos constituyen un grupo de respaldo fundamental para que muchas nuevas familias, puedan mantener la armonía en medio de la dureza diaria del trabajo de los dos progenitores, de los desplazamientos en la gran ciudad y del cuidado de los niños. Y esto que podríamos llamar, servicio de apoyo, encierra gérmenes de la mejor esperanza, sobre la que quiero llamar la atención.

En ambos escenarios, los cuidados de uno u otro signo, generan círculos de alteridad en los que podemos descubrir una gran potencialidad para la generación de esperanza, porque transforma a la persona mayor en lo que llamaré: *referente de proximidad*.

Ser referente de proximidad, consiste en que en ese roce diario o frecuente con los miembros de las generaciones más jóvenes, éstos puedan encontrar no sólo una acogida cálida o una casa abierta, lo cual ya es mucho; sino también encontrarse con personas que se convierten para ellos en personas significativas. Y esa significatividad radica en que pueden ser reconocidos como *espacios habitados por la sabiduría*, personas a las que pueden calificar de “justas”, porque tras de ellos emerge una vida tejida con acciones bondadosas y justas, con las que contrastar sus preocupaciones y sus búsquedas diarias. Personas habitadas por el Espíritu del Señor, que apuntan con su vida la esperanza de la vida nueva del Resucitado.

La existencia de *referentes de proximidad*, en el sentido dicho, tiene una importancia decisiva en la formación de las nuevas generaciones y en el asentamiento de los valores y de las virtudes en los jóvenes y también en la generación adulta. Les hace creíble la posibilidad de la justicia en una sociedad como la nuestra, en la que tan fácil resulta tirar la toalla, les proporciona la concreción de criterios y principios porque ahora los ven encarnados en alguien cercano, mientras que antes sólo los conocían abstractamente.

Convertirnos en *referentes de proximidad*, es convertirnos en brújulas que marcan orientación, cuando a nuestro alrededor no se perciben señales para reconocer el norte. En las conversaciones, las narraciones e historias cotidianas, se aprende que :

"Realizando acciones justas se hace uno justo... Y sin hacerlas ninguno tiene la menor probabilidad de llegar a serlo..."

(ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco* 1105 b 5-7)

Y esos encuentros diarios o frecuentes de jóvenes y adultos con personas que tienen tras de sí la experiencia de una vida larga, son oportunidades para tomar conciencia de que tenemos ante nosotros personas que pueden traer al recuerdo actuaciones suyas en situaciones determinadas o en diferentes contextos realizadas con profunda honestidad y sentido de justicia, gestos de lealtad, y pueden evocar también las veces que han podido

escuchar sus opiniones acerca de cómo es justo actuar en esta o en aquella situación. Pueden darse cuenta de que han admirado alguna vez a esa persona porque les pareció profundamente justa, merecedora de aprecio y reconocimiento tanto por sus criterios como por sus actuaciones. De este modo, pueden caer en la cuenta, de que es posible ser justo en este mundo, y de que el modo de serlo es a través de las actuaciones justas, que ahora está en disposición de reconocer en las personas mayores que tiene cercanas.(cfr. A.Hortal. “Pensar la justicia pensando en el justo”, XV Jornadas de Filosofía. UPCO, 2010)

Ser un *referente de proximidad* para las generaciones más jóvenes, requiere mostrar la verdad de la propia vida, con sus logros y sus fracasos, con las experiencias de autoperdonarse y de perdonar a otros, con sus luces y sus sombras en el camino de la fe. Ser *referente de proximidad* es ofrecer el testimonio de que del amor a Dios que profesamos, se deriva la participación en la justicia y en la bondad de Dios hacia los otros, que el amor de Dios se manifiesta en la responsabilidad por el otro. De este modo estamos colaborando a que las dificultades del presente, puedan ser abordadas de manera más confiada que resignada.(cfr.Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*, nº 21)

Ser *referente de proximidad* es convertirse en granos de sal que llenan de sabor la vida diaria y cauterizan las heridas que se hayan abierto en nuestros roces cotidianos. Es convertirse en pequeños puntos de luz que marcan el camino, o mejor, en huellas luminosas de Dios, fáciles de reconocer por parte de los que nos tratan cercanamente, y por lo mismo, en fuentes de esperanza para ellos.

Camino Cañón Loyes
Presidenta del Foro de Laicos